

# Virginia Woolf, otra vez

Beatriz Espejo

*Creadora de novelas extraordinarias como Las olas, Mrs. Dalloway y Orlando, Virginia Woolf se erige como pieza fundamental de la literatura en lengua inglesa del siglo XX. Especialista incisiva en su obra, Beatriz Espejo la retoma en estas páginas donde hace un recorrido por la tormentosa vida de la autora de Un cuarto propio.*

De todas las biografías y ensayos que se han escrito sobre Virginia Woolf quizá ninguno aporte datos tan íntimos como lo que hizo Quentin Bell.<sup>1</sup> Las razones saltan a la vista y no se necesita un largo proceso para dar con ellas. El biógrafo era su sobrino —el segundo hijo de su hermana Vanessa, con quien Virginia tuvo siempre una estrecha relación—, y contaba con datos de primera mano; además emprendió este trabajo a pedido de Leonard Woolf, quien le entregó cartas, fotografías y una serie más de documentos importantes luego de convencerlo para emprender esta empresa y llevarla a buen puerto. La primera característica que presenta no es sólo lo voluminoso del libro sino el esfuerzo de mantener la objetividad incluso sobre aspectos delicados de su familia. Quizás aprendió de su tía una consigna fundamental: debe escribirse con absoluta sinceridad o al menos con la sinceridad de que cada quien sea capaz.

Sabemos que al principio de su carrera Virginia encontró en *The Guardian* una salida regular en el periodismo para sus tentativas secretas como escritora luego de haberse preparado leyendo y redactando asiduamen-

te. Sus diarios de la época consisten en numerosos ensayos sobre distintos temas hechos como si fueran a publicarse: un día en el campo, una noche oyendo la música de los vecinos y vidas humorísticas sobre sus parientes y amigos, Corolina Stephen, Mary Fischer y George Duckworth, que se perdieron y que por lo tanto es imposible juzgar. De tal manera compensaba una verdadera formación que no tuvo en ninguna universidad importante, como la tuvieron sus hermanos, y que tampoco recibieron otras notables predecesoras cuyas representantes de las letras inglesas. Estos primeros textos le dieron una extraordinaria fluidez junto con cierta afectación de la cual le costó trabajo desprenderse. Le permitieron redactar artículos cortos y reseñas de libros cada vez que un periodo de sequedad intelectual le impedía entregarse a tareas de mayor envergadura.

El inicial contratiempo literario lo recibió cuando *The Cornhill* le regresó secamente un artículo sobre las cartas de Boswell mandándole también algunas críticas poco entusiastas de otro texto que les había ofrecido. Tales rechazos fueron para Virginia una fuente de torturas que jamás logró superar y que llegaban incluso a provocarle desalientos abismales, terribles dolores de cabeza y demás problemas físicos; sin embargo, pudo tranquilizarse apor-

<sup>1</sup> Quentin Bell, *Virginia Woolf*, Lumen, Barcelona, 2003, 702 pp. Traducción y prólogo de Marta Pessarrodona.

tando datos para un estudio que estaban escribiendo sobre su padre Leslie Stephen y partió a una estancia en el campo para calmar una de sus primeras crisis mentales. Para serenar sus nervios copiaba sin demasiada destreza —el aprendizaje del dibujo era obligatorio entre las clases acomodadas todavía en su época— a Blake y a Gabriel Rossetti, pintores prerrafaelistas muy de moda.

Ya en Londres se reintegró al grupo familiar que durante su ausencia decidió irse al número 46 de Gordon Square en Bloomsbury, espacio barato situado en un barrio mediocre que ellos se encargaron de prestigiar para la cultura británica. Se trataba de una casa con más luz que la ocupada en el 22 de Hyde Park Gate en South Kensington, muestra de un sombrío pasado victoriano, que fue su hogar hasta que Virginia cumplió veintidós años y que regresaba constantemente a su fantasía y a su escritura; la nueva generación quería aire, paredes pintadas de blanco donde los cuadros pudieran destacarse. Y en ello Vanessa se mostró persuasivamente vivaz al tener el motivo adicional de la cercanía con Slade School, donde estudiaba para convertirse en una buena artista. A Gordon Square fueron todos los hermanos y

los hermanastros, Gerald y George Duckworth, hasta que casó “con inmensa pompa” durante el otoño de 1904. Aparte ¿por qué preocuparse de la sociedad? ¿Para qué ataviarse antes de cenar y soportar a la pesada parentela? Ahora podían libremente moverse entre personas que hablaran sin rodeos de arte, religión y amor; sin embargo mantenían normas estrictas de conducta y no buscaban el libertinaje. A Virginia no sólo le hubiera faltado valentía sino también deseos.

La nueva casa se llenó de amigos llevados por el hermano Thoby desde Cambridge. Entre todos formarían el grupo inicial internacionalmente conocido aunque algunos empezaron como grandes promesas y no terminaron de cuajar; sin embargo, otros destacaron con luces individuales, por ejemplo: Clive Bell, Saxon Sydney-Turner, Lytton Strachey, Walter Lamb, Leonard Woolf. A los ya mencionados se les ocurrió reunir sus poemas en una antología titulada *Euphrosyne*, libro del que luego no se ocuparon y que hubiera caído en el olvido si Virginia no lo hubiera tenido presente. Nadie se vestía con exquisitez y menos aún el par de hermanas, sobre todo Virginia para la que el asunto del atuendo personal siempre fue motivo de torpezas y angustias —se ponía calcetines naranjas y otras sutilezas similares. En cambio afinaban su inteligencia. No les interesaba asistir a una fiesta de Belgravia para buscar buenas alianzas matrimoniales sino juntarse para intercambiar ideas y estimularse entre sí. Por supuesto al respecto había críticos severos entre los que se hallaba nada menos que Henry James, que comentaba: “¡Deplorable! ¡Deplorable! ¡Cómo han podido Vanessa y Virginia reunir a semejantes amigos!”.<sup>2</sup>

Uno de los primeros invitados fue curiosamente Leonard Woolf, aunque estuvo allí para despedirse la víspera de su partida rumbo a Ceilán, donde había aceptado un puesto. Él la recordaba silenciosa durante toda la cena y dijo que estaba muy enferma. Lytton, que pertenecía como las Stephen a la alta burguesía instruida de Londres, con su aguda ironía habitual lo describió a él como un tipo que despreciaba a la humanidad. Temblando de pies a cabeza, y dueño de una figura recia y poderosa, había decidido irse a la selva de donde a lo mejor no volvería.

En 1905 Virginia entró a *The Times Literary Supplement*, contacto que duró casi hasta el final de su vida. Poco después viajó a la Península Ibérica con su hermano Adrian. Visitaron Oporto, Lisboa, Granada y Sevilla y tuvieron muchas vivencias que según los entendidos pasaron transfiguradas a formar parte de su primera novela *Fin de viaje* (*The Voyage Out*). A su regreso tuvo la experiencia de otro rechazo a una crítica que hizo en torno a *Catherine de Medici and The French Reforma*



Virginia con su madre Julia Prinsep Jackson, 1884

<sup>2</sup> *Op. cit.*, p. 158.

pero en compensación le mandaron tres libros sobre España para que los reseñara. Y más o menos por aquella época se le presentó la oportunidad de ser maestra en Morley College, un instituto para trabajadores de ambos sexos instalado como anexo del Old Vic en Waterloo Road. Se había invitado al grupo entero proponiéndoles impartir distintas materias; sólo Virginia persistió en el intento preparando sus clases con enorme interés a lo largo de tres años. En esta temporada su salud siguió estable y de vez en cuando salía de la ciudad, se entrevistaba con sus familiares y aprovechaba esas ocasiones para pasear por los páramos acompañada de su perro Gurth.

Consciente y lamentándose de que le faltaba esa instrucción formal tan extrañada decidió estudiar griego con la hermana de Lamb y pudo adelantar bastante. Adrian y Thoby decidieron viajar a Grecia cabalgando desde Trieste y pasando por Montenegro y Albania. Virginia y Vanessa, acompañadas de una amiga, los encontraron en Olimpia. Apunto éste entre otros numerosos desplazamientos por una cita graciosa de su diario: “Habían visto Maratón y Salamina, y, si una nube no la hubiera acariciado, Atenas también hubiera sido suya; en cualquier caso, se sintieron cargados de uno y otro lado por presencias formidables. Para mostrarse debidamente inspirados, no sólo compartieron su vino con una escolta de muchachos griegos, campesinos y mugrientos, sino que condescendieron a hablar con ellos en su propia lengua, como hubiera hablado Platón, si Platón hubiera estudiado griego en Harrow”.<sup>3</sup> Además de estas observaciones por un lado despiadadas y por otro, características del grupo, se dedicó a describir detalladamente el paisaje según acostumbraba.

La excursión resultó desastrosa para Thoby, que murió aparentemente por un dictamen médico equivocado, pues se trataba de una tifoidea que fue descubierta por la enfermera encargada de cuidarlo. Como era de esperarse, Vanessa se sintió desconsolada y en un estado de ánimo lamentable accedió a casarse con Clive Bell, aunque lo había rechazado anteriormente.

La muerte de su hermano fue un desastre del que Virginia no podía recuperarse; veinte años después todavía juzgaba que su propia vida era sólo una excursión sin él y que al morir volvería a gozar de su compañía. Y siempre se preguntó lo que Thoby hubiera sido en edad madura. ¿Un juez con varios libros en su bibliografía, un individuo típico de su país y de su clase? Quizás un hombre que no hubiera entendido el creciente libertinaje de Vanessa ni la coquetería de Virginia y las hubiera tratado de meter al redil y a lo mejor también hubiera conde-

nado que el primer hombre al que su hermana menor puso en su mira fuera casi tan viejo como su padre, Walter Headlam, antiguo amigo a quien su mamá invitaba frecuentemente, miembro del King's College que gozaba de una gran reputación entre los helenistas, trabajaba la poesía y manejaba maravillosamente el idioma. El dato nos resulta interesante porque desde el principio ella había decidido que no podía unirse con nadie sino con alguien involucrado en el mundo de las letras, que creyera firmemente en su talento y la instigara a cultivarlo.

Con penas y contratiempos hay que seguir viviendo. La familia continuó adelante sin desunirse porque además les complacía su mutua compañía. Inventaban pasar vacaciones juntos o en residencias cercanas compartiendo invitados y discutiendo diferentes postulados. A pesar de su entrenamiento en Hyde Park Gate, Virginia no era rectora de la sociedad en la que andaba. Permanecía muda porque no encontraba nada inquietante que decir. A menudo sentía miedo y paradójicamente le fascinaban las amistades y las visitas que de alguna manera siempre propició sin dejar por ello el periodismo, ni las memorias, esperando hacerse famosa como novelista. Decía que escribía las cosas según las veía aunque estaba segura de que mantenía un punto de vista demasiado estrecho y algo frío y admitía su insatisfacción. Al parecer destruyó siete versiones de *Fin de viaje* mientras colaboraba con sus reseñas luego en el *Cornhill*, donde tenía más espacio; pero no publicó ninguna obra narrativa sino hasta los treinta y tres años.

Vanessa tuvo a su hijo Julian —bautizado con ese nombre seguramente en honor a su madre Julia Jackson, muerta de fiebre reumática a los cuarenta y nueve años en 1895 y quien dejó a sus hijas cuando eran apenas unas preadolescentes—, y tomó la maternidad con vehemencia. Para ella incluso los berridos del niño representaban una delicia y no comprendía que alguien no compartiera su mismo afecto. Convirtió a la criatura en el centro de su vida y pospuso cualquier asunto ante una ocupación tan encantadora. Para Virginia resultaba incomprendible. Su relación fraternal se cuarteó por el momento, recurrió a Clive y comprobó lo bien que podían entenderse. Era un buen padre pero odiaba los orines, los vómitos, las babas y los ruidos infantiles. De natural ansioso, se alarmaba con facilidad por la salud de cualquiera y ello se evidenciaba de manera alarmante con un recién nacido. Fuera de los terribles maullidos podían sentirse cómodos, hablar de libros y conocidos y formaban una especie de coalición contra las terribles tiranías de la vida doméstica. Ella descubrió las cualidades intelectuales de su cuñado y él nunca dudó de que fuera una compañera notable, amena e incluso más bella que Vanessa. Empezó a galantearla y recibió una aceptación delicada. Virginia no dejó de ser virtuosa y tampoco se comportaba áspera. Escribía cartas que se

<sup>3</sup> Virginia Woolf, *A Writer's Diary*, The Hogarth Press, Londres, 1953. Extractos del diario en edición de Leonard Woolf, *Diario de una escritora*, Lumen, Barcelona, 1982, traducción de Andrés Bosch.

conservan, divertidas y galantes, y las respuestas se cruzaban en el mismo tono. Después de trece meses de matrimonio, Clive y Virginia iniciaron una prolongada relación, que mi juicio conservador de clase media mexicana calificaría de reprobable, egoísta y poco considerada. ¿Estaba celosa Virginia de una paz que no había conseguido y asustada de su propia soledad? Quizás. ¿Y Vanessa que debió sentirse herida, desgraciada y furiosa irrumpió con alguna reclamación pertinente? Al parecer no. Evitaba peleas y explicaciones al respecto. ¿Y cómo se entiende la tortuosa conducta de Virginia, a quien al parecer le repugnaba despertar sentimientos sexuales en cualquier persona? En cambio le gustaba ser admirada, sobre todo si estimaban su genio artístico y ofrecían una crítica aceptable que le diera consejos útiles para su proceso de redacción. Se fortalecía con las alabanzas y se aseguraba de que lo que escribía no se transformara en vapor disuelto en el aire. Sus viajes continuaron y le proporcionaron reflexiones incalculables para entender sus propósitos literarios. Cosa que se manifiesta en numerosos momentos, como ejemplo recordemos sus comentarios sobre el trabajo del Perugino, que intentaban ver significados ocultos trazados por los pinceles.

Lytton le propuso matrimonio y ella estaba dispuesta a corresponderle, a pesar de las conocidas preferencias homosexuales de su pretendiente, pero él en el último minuto se echó para atrás<sup>4</sup> e insinuó como sustituto a Leonard Woolf, todavía en Ceilán y a punto de regresar, porque lo creía el marido adecuado para su prima, que mientras tanto ni se quedaba con Clive ni lo dejaba. Por su lado, él dijo que ella vivía con la cabeza, no con el corazón; y cuando no estaba flirteando estaba peleando. Apareció en su vida Hilton Young quien le permitía encontrar un receso en sus dificultades. Sus esperanzas de casarse con Lytton eran nulas y Clive le proporcionaba más angustia que placer. Sin embargo tampoco decidió comprometerse. Estos devaneos demuestran otra vez que nunca se conformó sólo con dedicarse a su vocación, aspiraba a casarse y a tener hijos, sin que dejara el ejercicio de escribir a mano. Adoraba la sensación de una buena punta trazando letras sobre el papel y le parecía desgraciado contar con utensilios inferiores. Desde los quince años se proveía de libretas elegantes y tinteros excepcionales y jamás le complacían los que hallaba. Se cuenta que durante toda su vida fue una compradora indecisa y exasperante que casi hacía llorar a los vendedores y a sus propios acompañantes porque se anonadaba entre lo imaginado y lo que de verdad le ofrecían.

<sup>4</sup> Bertrand Russell en *The Autobiography* dice que la homosexualidad en Cambridge empezó con el grupo de Bloomsbury. Aguilar, tomo I (1872-1914), traducción de Manuel de la Escalera, Madrid, 1968. Aunque sabemos que existía desde mucho antes.

No era musical ni ejecutaba ningún instrumento y no podía seguir una partitura y entenderla. En cambio le encantaba la música y disfrutaba la pianola y más tarde el gramófono; sin embargo los compases formaban parte de sus cavilaciones y le daban ritmo a sus frases. Incluso hubo un tiempo en que asistía mucho a los conciertos y a la ópera como acontecimientos sociales. En Bayreuth estuvo con su hermano Adrian y Saxon durante una época wagneriana. Como siempre y no obstante las distracciones que no faltaban, incluyendo disfraces y bromas a la armada inglesa, trabajaba en su novela y entre 1908 y 1909 seguía frecuentando el periodismo, del que recibía algún dinero. A ello se unía su carácter complejo, sus cambios de humor, su mente confusa, su aturdimiento por oír voces. Parecía segura, excitada y optimista ante el futuro, y esperaba conseguir fama y matrimonio, y a la vez se irritaba por tonterías a las que le daba una importancia irracional y una preocupación excesiva.

A todo el asunto se sumó la decisión de mudarse con Adrian a una casa grande donde podrían albergar huéspedes. En el 38 de Brunswick Square encontraron lo que querían. Virginia tendría dos habitaciones propias en el segundo piso y su hermano ocuparía el primero, Maynard Keynes aceptaba un *pied-à-terre* en la planta baja y el último piso vacante se lo ofrecieron a Leonard Woolf. Los gastos se repartirían y los inquilinos serían independientes. Sophy, la cocinera con la cual Virginia tuvo una relación complejísima,<sup>5</sup> se ocuparía de atenderlos lo mismo que Maud, la doncella. Visto desde lejos el plan parecía de lo más ligero y estimulante; pero ella seguía cargando los demonios que siempre la atormentaron. No podía concentrarse, tenía veintinueve años y no se había casado ni era madre, estaba loca y aún no lograba convertirse en escritora.

Leonard cargaba las experiencias de un europeo que había vivido entre nativos, sabía lo que significaba permanecer alejado de personas con las que podía sincerarse y bromear. Extrañaba la alta sociedad y la comunidad de Cambridge. A cambio aprendió a vivir y viajar solo; a imponer la autoridad de un magistrado y a tomar resoluciones difíciles y hasta crueles, propias del Imperio; pero aceptó el alojamiento que le ofrecían diciendo que no era una casa de campo sino una fea villa suburbana. Ello no obstante, la suerte estaba echada y empezaron a permanecer juntos y a divertirse acompañados. Luego de alguna corta separación y de un trato continuo, Leonard se dio cuenta de que se había ena-

<sup>5</sup> Los lazos duraron cincuenta años constatados en el intercambio de recados existentes. Virginia le mandaba diez libras cada vez para las navidades y a pesar de que sabía lo importante que resultaba una ayuda doméstica para proseguir sus propósitos literarios, al revés de su marido, nunca supo mandar. Las complicaciones dieron ocasión a un libro poco conocido: Alison Light, *Mrs Woolf and the Servants*, Penguin Books, London, 2007, 376 pp.

morado y le pidió matrimonio por medio de ardorosas y convincentes cartas. Admitía que era vana, egoísta e infiel pero nada se comparaba con otras cualidades: hermosura, magnífica inteligencia y sinceridad. La tomó por sorpresa. Al fin ella le contestó que quería amor, hijos, intimidad y trabajo. Y así pasó de estar medio enamorada a enamorada y aceptó la propuesta sin desanimarse porque se casaba con un judío pobre.

Dos meses vagabundearon durante su luna de miel. Descubrieron que sus personalidades se complementaban y sus afinidades eran sólidas como para resistir los menores y mayores azotes de la suerte. Su relación no se basaba en una pasión sexual. El novio era apto y la novia no, pero probablemente se esperaba que la fogsidad venciera. La esperanza fue defraudada. Virginia se preguntaba epistolariamente los estímulos que la gente encuentra en el coito y sinceramente aseguraba que se exageraba con las reacciones provocadas por el orgasmo. Así, aludía sin mayores escrúpulos a su frigidez. Vanessa le echaba la culpa al hermanastro George Duckworth, que la había violado de niña y adolescente. No dejaban de preocuparse. Con el tiempo se descubriría, con la aparición de Vita Sackville West, que en realidad le disgustaba la masculinidad. Tanto en su persona como en su arte existía una cualidad etérea y algo andrógina y cuando las necesidades literarias la llevaban a considerar la lujuria y los encuentros físicos, ofrecía pasajes que no afrontaban ese aspecto y lo describían al sesgo.

Sin embargo Virginia aún esperaba animadamente formar una familia. Leonard ya lo dudaba. Se mudaron a un departamento y encontraron la ventaja de su exclusiva compañía y tiempo para trabajar. Ella, con esa suerte de intensidad tortuosa que la caracterizó siempre, como opinaba su esposo, que había escrito una novela muy aceptada, *The Village in the Jungle*, ocupó un puesto en Grafton Galleries donde Roger Fry presentó una Segunda Exposición de los Postimpresionistas, que por cierto influyeron en la obra de Vanessa. No importaban las bromas e impropiedades de los asistentes ante las obras de Picasso y Matisse.

El matrimonio de Vanessa finalmente terminó y deprimida se fue a vivir con los Woolf, que se habían instalado en Asham. Luego de una serie de consultas médicas decidieron que no deberían tener hijos, aunque supuestamente esto constituyó para Virginia una fuente de constantes lamentos. En marzo de 1913 terminó *Fin de viaje* y se la dio a su hermanastro Gerald para que la publicara; pero un libro es en gran medida parte de uno mismo y al publicarse se siente como exponerlo a toda suerte de comentarios. Si son malos las heridas no sanan fácilmente. Se trata de algo conocido por todos los autores, con el agravante de que esta gestación había durado siete años y cualquier crítica adversa sería demasiado dolorosa. Virginia comenzó a sentir

las ansiedades que de alguna manera había soportado antes y le causaban dolores de cabeza y pérdida del autocontrol. Apenas si pudo levantarse de la cama. Le ordenaron una cura de reposo en un sanatorio donde frenaron sus impulsos suicidas. No fue suficiente. Al regresar tomó seis gramos de veronal. Consiguieron entre médicos, enfermeras, Leonard y Vanessa, una sonda y al cabo de un lapso la sacaron del peligro. La persuadieron para que comiera y lentamente la retornaron a la aparente normalidad. Algunos comentan que los hermanos debieron advertirle a Leonard sobre las enfermedades mentales de su novia. Lo cierto es que ya lo sabía, incluso lo entendió sólo al verla; pero la realidad casi lo volvió loco y no tuvo el consuelo de quejarse. De vez en cuando podía escapar una noche o dos a Londres, ver a sus amigos y a su familia, ir al teatro o asistir a una reunión. Des-



Virginia Woolf, 1923



pués de seis meses de vigilancia sin descanso sentía la carga demasiado pesada. Durante los primeros meses de 1914 sufrió también tremendas jaquecas. Buscó remedio y partió diez días hacia una granja buscando a Lytton. Luego los esposos “recuperaron” la salud y viajaron sorteando arrebatos de excitación y ataques desesperados.

Al cabo volvieron y encontraron una mansión muy bella del siglo XVIII, Suffield House, dividida en dos. Una mantenía su nombre original, la otra se llamaba Hogarth House. Virginia empezó a escribir narraciones que se han perdido y el diario de una mujer al parecer cuerda. Sin embargo, una mañana, mientras tomaba el desayuno en la cama como lo hacía siempre, empezó a hablar con su madre, se perturbó mucho y se puso más y más incoherente. Después dio un paso rumbo al abismo y así lo constató en varias cartas. La existencia en una nueva localización se realizó bajo el cuidado de cuatro enfermeras alienistas. Hubo días buenos y malos, exasperantes horas de comida y noches sin dormir, aullidos y odio contra su marido, a quien apenas vio el par de meses venideros, y desagrado contra los hombres en general. Hacía bromas hirientes que molestaban a sus allegados debido a sus inteligentes aciertos y a la crueldad en que se regodeaba.

Margaret Lewenlyn Davies (de quien Virginia estaba celosa) era el alma de su organización Women's Cooperative Guild, metió a Leonard en la política y le dio respiros para la situación agobiante. Adrian, que al comenzar la guerra se había casado, era el más convencido y activo de los pacifistas de Bloomsbury, aunque de algún modo todos se unían al respecto. La pareja pudo respirar al cabo del tiempo y en Hogarth House encontraron un modo de vida que adoptaron para siempre. Escribían en la mañana, paseaban después del almuerzo, leían por la noche. Una o dos veces por semana él iba a Londres para tratar asuntos políticos y editoriales, algunas veces se acompañaban y ella se entretenía en la biblioteca o asistiendo a conciertos, recorriendo tiendas o visitando amistades. Se encontraban a la hora del té para cenar fuera y regresaban al hogar juntos.

En esta temporada y a sugerencia de Lytton, Virginia estableció lazos con Katherine Mansfield, de quien escribió: “decididamente una interesante criatura, me pareció muy divertida y bastante misteriosa. Habló con gran entusiasmo de *Fin de viaje*”.<sup>6</sup> Katherine, junto con John Middleton Murry, vivía con Dora Carrington en el número 3 de Gower Street. En febrero de 1917 Virginia le escribió otra vez a Vanessa: “He tenido un ligero contacto con Katherine Mansfield, que me parece un personaje desagradable, pero recio y profundamente carente de delicadeza”.<sup>7</sup> Nunca estarían de acuerdo ni en desacuerdo. Las unía su devoción irrestricta por la literatura y las desunía su rivalidad de escritoras. Se encontraban atractivas y paradójicamente irritantes. Virginia admiraba que Katherine hubiera dado tumbos por el mundo y que el mundo la hubiera lastimado por no reprimir sus instintos femeninos. Se vestía de manera provocativa, había tenido varias relaciones sexuales y se le admiraba por su talento y por aportar a las historias poder de síntesis, detalles inusitados, capacidad para acercarse a la cursilería sin desbarrarse y un acierto poco común al elegir asuntos novedosos. En pocas palabras, con la centena de sus escritos al igual que Antón Chéjov modernizaba el cuento moderno. Por su parte, los diarios de Mansfield demuestran un antagonismo complejo, envidiaba la estabilidad que brindaba Leonard y lo protegida que Virginia estaba por su grupo y en otro sentido no se amilanaba sino ante las torturas de su propia carrera y de una enfermedad progresiva sobre la cual se han tejido varias hipótesis. Pero ambas se entretenían conversando. Cuando compraron los Woolf una imprenta que instalaron en su casa mediante la cantidad de cuarenta y un libras, quince peniques y tres chelines que les costó reunir, decidieron publicar *Preludio* de Mansfield, con lo cual le dieron un buen espaldarazo a

<sup>6</sup> Quentin Bell, *op. cit.*, p. 326.

<sup>7</sup> Quentin Bell, *op. cit.*, p.327.

una de las mejores narraciones del siglo pasado. Ello no obstante, sus sentimientos no variaban. Una de las cartas de Virginia fechada en 1917, dice con un esnobismo al rojo vivo que respondería con un sí irremediable a su ensayo titulado “¿Soy una esnob?”: “La cena de ayer marchó bien: se discutieron cosas delicadas. Pudimos desear los dos que nuestra primera impresión de K.M. no fuera la de que huele como... bien, un gato de algalia al que le ha dado por andar las calles. Verdaderamente, estoy algo sorprendida por su vulgaridad a primera vista, tan emperifollada con cosas baratas. Sin embargo cuando disminuye esta impresión, es tan inteligente y tan inescrutable que paga con creces la amistad con ella. Discutimos sobre Henry James y consideré que K.M. era iluminadora...”<sup>8</sup>

Por su parte Virginia tenía una herencia de Thoby y de su tía Carolina Emelia Stephen. Un capital invertido de nueve mil libras que le proporcionaban cuatrocientas libras anuales y que le aportaban libertad. En Hogarth Press, resultado de la inversión que hicieron, preparó con sus propias manos la linotipia de *Preludio*. Sin embargo no publicaron el manuscrito del *Ulises* de Joyce, del cual ella dijo que tenía una cierta belleza y una vulgaridad bárbara y que en el fondo debió envidiar porque aprovechaba instrumentos expresivos semejantes a los suyos. Imprimirlo les hubiera dado enorme prestigio. En su defensa alegaron que no contaban con la capacidad técnica para llevar a puerto una obra de tal extensión y que se amilanaron considerando que sufrirían demandas legales. A su vez con su primera novela Virginia empezaba su ascenso entre las estrellas nacientes. Se esforzó por conseguir el sufragio femenino y curiosamente no encontró gran consuelo en el derecho a votar. Escribió casi de un tirón buena parte de *Noche y día* (*Night and Day*) que Mansfield detestó, definiéndola como larga y aburrida; una mentira en el alma que despedía humores de esnobismo intelectual. Al reseñarla se mostró más discreta, afiliada a los críticos que la consideraban sin la audacia de la anterior, dentro de las tradiciones exquisitas de la narrativa inglesa. La nota escondía ponzoña y de cualquier modo no abandonaron sus entrevistas. A intervalos intimaban con un trato que les permitía sentir cierto afecto y curiosidad sobre la personalidad de cada una. Además de ser inteligentes, le daban una importancia primordial a su quehacer.

En el verano de 1919 continuaron viéndose, ocasionalmente con la presencia de Murry, por entonces director de la revista *The Athenaeum*, donde Virginia contribuyó con diecisiete artículos en el curso de dos años. En 1920 se encontraron de nuevo y al respecto hay una constancia invaluable, un verdadero hallazgo para el investigador interesado en las personalidades de estas mu-

jerres: “Me sorprendió ver que es del tipo felino: distante, compuesta, siempre solitaria... observando. Luego hablamos acerca de la soledad y vi que expresaba mis sentimientos como nunca los había oído expresar. Después nos pusimos al mismo paso y hablamos como siempre y con tanta facilidad como si ocho meses fueran minutos... hasta que entró Murry. Katherine produce un extraño efecto de persona fuera de este mundo, totalmente centrada en sí misma, totalmente concentrada en su ‘arte’, casi feroz para mí sobre este tema”.<sup>9</sup> La verdad es que lograban hablar sin tapujos y no sólo en lo referente a la literatura. En 1920, cuando Mansfield viajó a Francia buscando una cura, Virginia la despidió con la conciencia de que la extrañaría. No estaba equivocada. Jamás volvieron a reunirse.

En la misma época se ocupó de su volumen de cuentos *Lunes o martes* (*Monday or Tuesday*). Presagiaba un cambio de estilo y la nueva novela había llegado. *El cuarto de Jacob* (*Jacob’s Room*) empezó a tomar forma. Además, la editorial que dirigía el matrimonio fue motivo de interés para algunos autores que se habían mofado de sus ingenuos esfuerzos y luego les hacían sugerencias y mandaban sus manuscritos. Aparte de la mencionada Katherine Mansfield, llegaron T.S. Eliot, Middleton Murry, E.M. Foster, Logan Pearsall Smith y Máximo Gorky, quienes aparecieron pronto bajo su sello. A pesar de tales logros, sobrevenían las consabidas crisis que recluían a Virginia e impedían su trabajo y, al restablecerse, seguía sus coqueteos con Clive, que la impulsaba a una actitud mundana descrita minuciosamente en *La señora Dalloway* (*Mrs Dalloway*), relacionada con un buen número de relatos escritos anteriormente. A mi juicio, y en ello coinciden muchos, es mejor que *El cuarto de Jacob*; pero esta novela marcó el comienzo de su madurez y de su fama.

Su introspección y estado depresivo no cesaban sino por épocas. Sus deseos de incrementar relaciones sociales se moderaron aunque no lo suficiente para olvidarlas. En diciembre de 1922 conoció a Vita y Harold Nicolson, en una cena que ofreció Clive, y se relacionó también con mucha gente joven. La muerte de Katherine Mansfield en enero de 1922 anunciada en el periódico la perturbó hondamente, como la perturbó después la de Lytton. La neozelandesa era una rival a la que había borrado y en una serie de sentimientos confusos recordaba a una escritora excepcional y con Strachey estaba ligada desde siempre. Los esposos sorteaban esos dolores estableciendo complicidades y un cariño con altas y bajas como cardiograma. Escribió: “Leonard me valora menos porque me empolvo la nariz y gasto dinero en vestir. No importa, adoro a Leonard”.<sup>10</sup>

<sup>8</sup> Quentin Bell, *op. cit.*, p. 339.

<sup>9</sup> Quentin Bell, *op. cit.* p. 373.

<sup>10</sup> Virginia Woolf, *A Writer’s Diary*.

Como muchos que han sentido terror social, Virginia se solazaba causando pequeños escándalos. A medida que aumentó su prestigio, aumentaron sus desplantes en las reuniones a las que asistía asiduamente convertida luego en parlanchina, sin dejar por ello su constante producción. A *La señora Dalloway*, que dejó reposar antes de dar a prensas y en la cual se proponía una literatura que abrazaba el entorno, radial como han dicho sus estudiosos, siguió *El lector común* (*The Common Reader*), varios ensayos para los que leyó de modo infatigable y que como a los pianistas ejercitando escalas le permitían no perder habilidad. Con las dos publicaciones sufrió las habituales vicisitudes anímicas, miedo a los malos comentarios y alegría ante los buenos. Thomas Hardy la felicitó con entusiasmo y ella fincó motivos para afinar sus desplantes de diva literaria, variables según la concurrencia si atendemos las distintas opiniones existentes.

Su comentado romance lésbico cobró fuerza entre 1925 y 1929. Algunos piensan que Vita, de temperamento ardiente, estaba muy apasionada y sentía por ella una especie de reverencia. Y Virginia se inquietaba cuando creía que había sido abandonada, esperaba cartas y vivía una extraña mezcla de júbilo y desesperación. Le gustaba el esplendor económico de su amiga, el cuidado que ponía en sus servicios de plata, el control de su mansión, los criados, los perros chow, su capacidad para criar hijos, con los que por cierto era algo distante, su manera de ser una mujer auténtica ataviada con joyas.



T.S. Eliot y Virginia Woolf

Le agradaba su protección materna que, por haber quedado huérfana a los trece años, era lo más deseado en el mundo. En cambio le era imposible estimar su poesía ni considerarla una auténtica escritora. Y en esto tenía razón, incluso las confesiones más atrevidas resultan superficiales, no convencen como materia literaria y sus poemas son prosa cortada en versos.

Los sentimientos amorosos de Virginia no la enceguecían, pero Hogarth Press publicó *Seducers in Ecuador* (1924), *Passenger to Teheran* (1926) y *The Edwardians* (1930), la mejor novela de Vita, que a su vez se deslumbraba por una capacidad intelectual imposible de alcanzar e intentaba darse cuenta de su engañosa facilidad cuidando más sus obras para que no desmerecieran demasiado en una editorial tan prestigiosa. Como contrapartida la relación inspiró *Orlando*, un tributo en pago a las caricias y a dos ocasiones en que compartieron la cama. Fue la más voluptuosa de sus novelas, una compleja especie de poema en prosa donde el personaje principal atraviesa siglos sin envejecer y cambia de sexo sin tener problemas. Los maridos respectivos se lo tomaron con admirable calma: Harold Nicolson, esposo de Vita, tenía por su parte amores con hombres, y Leonard, que no era homosexual, seguramente ya estaba resignado con la frigidez de Virginia y sólo cuidaba no dejarla caer en sus crisis enloquecidas. Del asunto quedó un libro original y de admirable factura que pasó por vicisitudes acostumbradas al publicarse. Al inicio Virginia sintió un gran ímpetu para impulsarlo, pero acabó creyendo que había fracasado sin remedio. Vitalmente se había identificado con la homosexualidad y antes de escribirla pasó con su amiga una semana entera en Francia. La descripción que Vita hace de Virginia se expone en una carta a Harold fechada el 19 de diciembre de 1922: “La señora Woolf es sencilla: produce la impresión de algo grande. No es afectada en absoluto. No hay adornos exteriores... se viste atrocemente. A primera vista parece fea; pero enseguida se impone como una especie de belleza espiritual y te quedas fascinado contemplándola... Es vieja (cuarenta años). Nadie me ha entusiasmado tanto, y creo que le gusto. Al menos me invitó a Richmond, donde vive. Querido, he perdido completamente el corazón”.<sup>11</sup> En realidad se trataba de un deslumbramiento intelectual. La verdadera pasión de Vita fue Violet Trefusis, otra bella aristócrata como ella por quien estuvo a punto de tirar matrimonio e hijos por la borda y de quien conocemos su apostura gracias a un retrato de Jacques-Émile Blanche que también nos dejó la imagen de Marcel Proust con una camelia en la solapa.

<sup>11</sup> Nigel Nicolson, *Retrato de un matrimonio*, prólogo de Marta Pesarrodonna, traducción de Oscar Luis Molina, Grijalbo, Colección El Espejo de Tinta, México, 1989, p. 280.

Las complicaciones de salud continuaron. Parecían subeibajas. Los periodos de lucidez le permitieron a Virginia escribir cuarenta mil palabras de *Al faro* (*To the Lighthouse*), una de sus obras capitales, y al finalizarla sufrió su clásico posparto. Escribió en su diario: soy una “mujer que envejece, poco atractiva, exigente, incompetente, vana, parlanchina y fútil”. Se le olvidaba su incapacidad para guardar secretos, de la que se quejaban quienes confiaban ingenuamente en su discreción. Pero trabajó con ardor todas las mañanas un par de páginas y por las dedicatorias existentes pensó que se trataba de lo mejor que había hecho. En febrero de 1928 ocurrió algo a mi parecer interesante. Se vio envuelta en una controversia acerca de Dios con T.S. Eliot, quien se había declarado anglicano y con ello cambió su universo; se preparaba para el cielo, mientras que en su opinión Virginia y Leonard se condenarían porque habían perdido la fe.

El éxito de *Al faro* sedujo a los lectores, al punto de aceptar que Virginia era una novelista a la que debían acercarse si intentaban exhibir preocupaciones por mantenerse al día sin importar que resultaba de lectura difícil. De estas últimas obras se vendieron miles de ejemplares. Las ansiedades económicas acabaron. Fue a Cambridge y, como Katherine Anne Porter, llegó a la universidad cuando impartió clases, disfrutando de una sensación triunfal y haciendo alarde de su voz fascinante tanto por sus ideas como por su tono; después le ofrecieron un doctorado honorífico en Manchester, que no aceptó porque la Academia ya no la tentaba. Hay otros testimonios que la describen absorta en sí misma (igual que K.M.), carente de sensibilidad, arrogante más allá de lo que pueden expresar las palabras, pero humilde respecto a su propio don e inclinada al partido laborista. Llegaba a la cúspide de su carrera con *Las olas* (*The Waves*). Y el 27 de octubre de 1930, Leonard y Virginia decidieron terminar con Hogarth Press, que había empezado en 1917; a lo mejor seguirían publicando sus propias obras y las de algunos amigos pero la imprenta dejaría de ser un negocio grande y se evitarían demasiadas complicaciones.

El 25 de enero de 1932 Virginia había cumplido cincuenta años y escrito seis novelas que la hicieron célebre. Era pues famosa y Lytton estaba muerto, lo que causó el consiguiente suicidio de Dora Carrington. Se sentía agotada física y moralmente. La seguía perturbando la pérdida de un viejo amigo y Leonard, cuya amistad era anterior a la suya, estaba aún más triste. Creían que el mundo había perdido a un artista que no había terminado de encontrarse a sí mismo porque no consiguió escribir el libro “supremo” para inmortalizarse.

Contra lo que se suele creer, Virginia tenía un natural enérgico manifiesto en su obra escrita hasta el límite del agotamiento, en contraposición con una imagen de constante enfermedad y languidez letárgica con la que



Virginia Woolf con Lytton Strachey

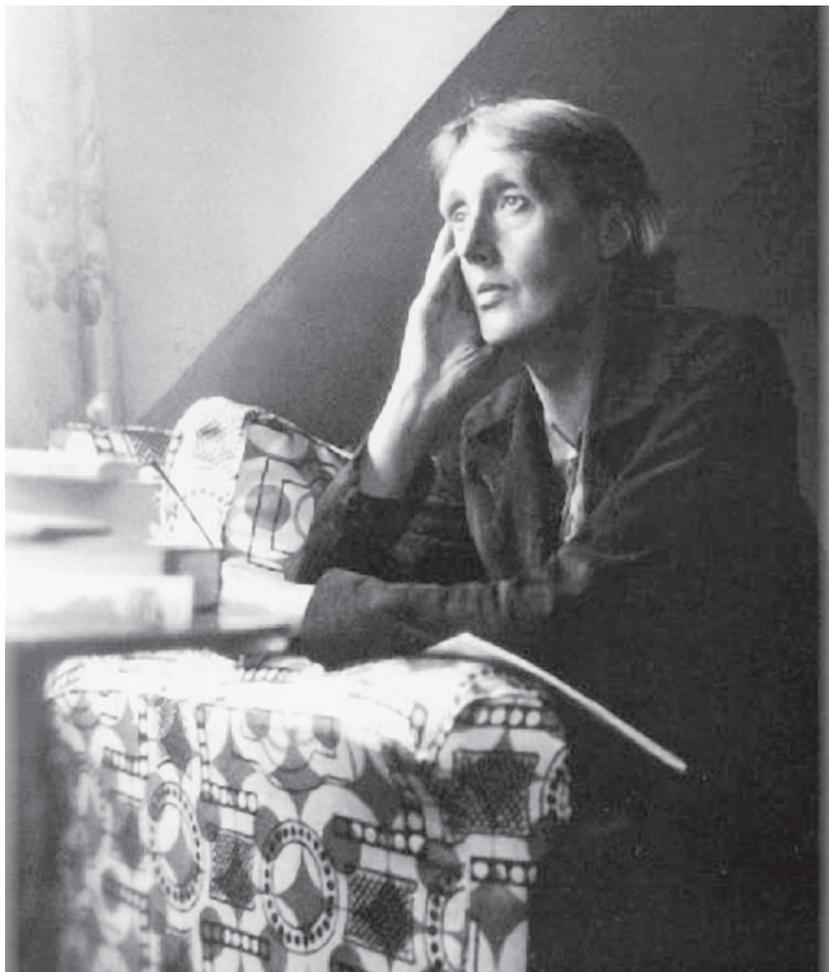
se le identifica. Aunque *Las olas* fue considerada por muchos su novela cumbre, no continuó adelante. Hizo *Los años* (*The Years*) y un libro curioso que no se ha leído con el entusiasmo que en mi opinión merece, *Flush* (*Flush: A Biography*). El perro spaniel de Elizabeth Barrett Browning fue robado y la poeta lo recuperó en una cueva de ladrones. En realidad se trata de una autorrevelación. El modelo se basó en un cocker spaniel llamado Pinka que Vita le había regalado.

Cada novela consolidaba terreno para la siguiente. Una vez terminada la versión manuscrita de *Los años* la copió a máquina y mantuvo la capacidad de mecanografiar cien páginas a la semana. Sus consabidos pleitos con las sirvientas y su exceso de trabajo la sumieron en la jaqueca y en una desesperación galopante. Circunstancias a las que se unía la tragedia de la Segunda Guerra Mundial puesta en marcha como máquina asesina. Recuperó el periodismo en *The New Statesman*, considerándolo un gesto patriótico aunque sus escritos fueran sobre Walter Scott u Horace Walpole.

Al principio Londres no había sido bombardeada y las fiestas navideñas, a pesar de que fueron especialmente frías, transcurrieron con una cierta normalidad; pero a medida que se agolpaban los acontecimientos parecía que todo estaba perdido y que el hitlerismo triunfaría, de tal suerte Virginia y Leonard pensaron suicidarse juntos ante la perspectiva del trato que se daría a los judíos ingleses si la invasión se realizaba. Y cuando bombardearon y destruyeron la ciudad, tan amada por Virginia, se mudaron al campo y sus respectivos diarios revelan preo-

cupaciones crecientes aunque pertenecieran al pequeño mundo de una clase que heredó privilegios, cultura, rentas, vidas abrigadas y gustos refinados. Fuera de este entorno Virginia conocía muy pocas cosas. Benedict Nicolson, el hijo mayor de Vita, que se hallaba en servicio activo y afrontaba como muchos otros grandes peligros, condenaba al grupo de Bloomsbury por permanecer en el limbo. El cargo de mantenerse al margen podría aplicarse a otros escritores, incluso celeberrimos, como Keats, Shelley, Wordsworth o Coleridge. Virginia había tratado de ser políticamente activa; pero le faltaba habilidad y sólo consiguió éxito en este sentido con *Una habitación propia* (*A Room of One's Own*) y *Tres guineas* (*Three Guineas*) de posteriores implicaciones para la causa feminista. Gracias a estos ensayos consiguió en gran parte el culto que las mujeres le hemos rendido. A ello, y a las increíbles traducciones que hizo Jorge Luis Borges de la primera obra y de *Orlando*.

La batalla de Inglaterra se acercaba a su punto culminante. Mientras Virginia pasaba de un ánimo aprensivo a una tranquila imperturbabilidad, presagio de su tormenta interior que fue de un terror en junio a la agnía final en marzo de 1941. Seguían cayendo bombas, y una estuvo tan cerca de su casa que después de pensar que se había cerrado una ventana ruidosamente, salió al jardín a tiempo para ver el bombardeo en Newhaven; sin embargo, esos eventos dejaron de preocuparle. Pensó



que llevaba una vida ociosa. Leonard le servía el desayuno en la cama como lo había hecho durante años, leía un libro, se bañaba, se entrevistaba con la última sirvienta que tuvo, Louie Everest, para disponer tareas diarias y enseguida encendía un cigarrillo que la entonaba. Así trabajaba hasta el mediodía. Después del almuerzo leía los periódicos, daba un paseo o hacía ejercicios manuales recogiendo o almacenando manzanas o preparando pan o bordando. Mantenía el ritual del té. Para la cena se preocupaba de lo que comerían y al terminar ambos escuchaban música en el gramófono, leían y se preparaban para acostarse.

No se sabe cuándo exactamente se rompió el ritmo. A mediados de enero Leonard ya estaba muy inquieto porque Virginia no admitía que habían vuelto sus antiguos síntomas. Con grandes esfuerzos consultaron a una doctora amiga, Octavia Wilberforce. Virginia llegó como si fuera una niña caprichuda y terminó confesando sus mismos temores, su incapacidad para volver a escribir porque oía nuevamente las voces atormentadoras; sin embargo, simuló que se dejaba aconsejar; pero al día siguiente, el 28 de marzo, brillante, claro y frío, en el pabellón estudio del jardín escribió dos notas, una para Vanessa y otra para Leonard:

Querido:

Estoy segura de que, de nuevo, me vuelvo loca. Creo que no puedo superar otra de aquellas terribles temporadas. No voy a curarme en esta ocasión. He empezado a oír voces y no me puedo concentrar. Por lo tanto, estoy haciendo lo que me parece mejor. Tú me has dado la mejor felicidad posible. Has sido en todo momento todo lo que uno puede ser. No creo que dos personas hayan sido más felices hasta el momento en que sobrevino esta terrible enfermedad. No puedo luchar por más tiempo. Sé que estoy destrozando tu vida, que sin mí podrías trabajar. Y lo harás, lo sé. Te das cuenta, ni siquiera puedo escribir esto correctamente. No puedo leer. Cuanto quiero decir es que te debo toda la felicidad de mi vida. Has sido totalmente paciente conmigo e increíblemente bueno. Quiero decirte... todo el mundo lo sabe. Si alguien podía salvarme, hubieras sido tú. No queda nada en mí salvo la certidumbre de tu bondad. No puedo seguir destrozando tu vida por más tiempo. No creo que dos personas pudieran haber sido más felices de lo que nosotros hemos sido.<sup>12</sup>

La despedida es bien conocida por los interesados en desentrañar esta decisión recalando los motivos de su suicidio. Lytton había acertado, el mejor marido que Virginia lograría tener era Leonard —muerto de cáncer años más tarde cuidado por Louie— pero ni siquiera él consiguió salvarla de sus propios fantasmas. **U**

<sup>12</sup> Quentin Bell, *op. cit.* p. 594.